EDWIN MULLHOUSE

Steven Millhauser

EDWIN MULLHOUSE

Vida y muerte de un escritor americano (1943-1954) por Jeffrey Cartwright

Traducción de Carlos Gardini

INTERZONA

INTERZONA

Millhauser, Steven
Edwin Mullhouse : vida y muerte de un escritor americano 1943-1954 por Jeffrey Cartwright / Steven Millhauser. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.
384 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Traducciones)

Traducción de: Carlos Gardini.
ISBN 978-987-790-123-8

1. Literatura. I. Gardini, Carlos, trad. II. Título.
CDD 813

Edwin Mullhouse: The Life and Death of an American Writer, 1943-54, by Jeffrey Cartwright fue publicado por primera en 1972 en Estados Unidos.

Copyright © 1972 by Steven Millhauser

© interZona editora, 2025
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Traducción: Carlos Gardini
Edición: Fátima Nieves García
Corrección: Germán Giri
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Armado de tapa: Fernando Ozón
Imagen de tapa: Major Pepperidge

ISBN 978-987-790-123-8

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A mi madre, mi padre y mi hermana

Introducción

Conocí a Jeffrey Cartwright en sexto grado. Apenas lo recuerdo. Era uno de esos niños borrosos y tesoneros que obtienen las mejores calificaciones en todo y no sobresalen en nada. Era uno de esos niños que usan gafas y se sientan en primera fila. Conocía todos los países de América Central y sus capitales; le gustaba dibujar mapas de Sudamérica mostrando los principales productos de cada país. Por la mañana, en el patio, antes de la campana, se quedaba solo, mirando el piso o la cerca de alambre; durante el recreo solo participaba en los juegos cuando lo requería la señorita Thimble; después de la escuela regresaba a casa solo, llevando sus libros entre los brazos, como una niña. No recuerdo ninguna particularidad física salvo esas enormes gafas, que parecían taparle los ojos; en algún rincón del oscuro altillo de la memoria he preservado una imagen donde él mueve la cabeza y revela dos lentes redondas y radiantes de luz, los ojos invisibles, como si fuera una criatura fabulosa que viviera en una caverna o un pozo. Nunca hablé con él. Más aún, rara vez pensaba en él; y después de sexto grado, cuando me mudé de Newfield a otra ciudad, pronto lo olvidé.

Diez años después, mientras miraba libros en una penumbrosa librería de lance cerca de la Universidad de Columbia, en una de esas oscuras y lluviosas tardes neoyorquinas en que todos los colores del mundo parecen lavados, me topé con un libro llamado *Edwin Mullhouse (1943-1954). Vida y muerte de un escritor americano,* de Jeffrey Cartwright. Entreví una imagen borrosa. ¿Sería acaso...? El prefacio no me dejó dudas: "Newfield, 1955". De inmediato compré el libro, jurando vivir de refrescos y patatas fritas durante dos días, y regresé a

mi celda de Livingston Hall. Allí eché llave a la puerta, me preparé una taza de humeante café negro con mi prohibido calefactor de aluminio y mi taza de contrabando y me arrepantigué en el sillón de cuero, encendí los tubos fluorescentes y, acompañado por el tranquilizador tamborileo de la lluvia contra el vidrio y el susurro del tráfico en Amsterdam Avenue, seis pisos más abajo, leí de cabo a rabo ese asombroso libro que ahora tengo el privilegio y el placer de presentar. Solo en las últimas páginas comprendí que Jeffrey debió escribirlo durante el mismo año en que fui a la escuela con él (1954-1955). Lamenté profundamente no haberlo conocido mejor. ¿Pero quién podía haber adivinado que el retraído niño de gafas que se sentaba en primera fila compondría en secreto uno de los documentos más notables de los anales de la biografía?

Tal fue mi modesto contacto con Jeffrey Cartwright, ese niño borroso y tesonero con su fiebre secreta, y tal fue mi primer contacto con una obra que no titubeo en proclamar como un clásico moderno. Los lectores interesados podrán consultar mi artículo definitivo en el *Journal of American Letters,* XXII (1966), 2243, que compara la muy americana biografía de Edwin escrita por Jeffrey con la muy inglesa biografía de Johnson escrita por Boswell; y mi reciente artículo en *JAL*, XXVII (1971), 117, que encara varias controvertidas y erróneas interpretaciones de la cristalina obra de Jeffrey. Pero este no es lugar para polémicas universitarias ni enconos académicos. A fin de cuentas, las pruebas están en los hechos, y los hechos son contundentes. Esta esperada reedición de una importante biografía reproduce fielmente y en su totalidad la edición original (1956), agotada tiempo atrás y escrita por un niño maravilloso. Tengo la entrañable esperanza de que este elegante y accesible volumen gane para Jeffrey ese amplio círculo de lectores que su obra maestra tanto merece.

Entretanto, siguen buscando a Jeffrey Cartwright. Yo, por mi parte, deseo que nunca lo encuentren. Algunos recordarán que la novela de Edwin fue descubierta en 1969 por la hija del profesor Charles William Thorndike, tan luego en una biblioteca para niños. Uno se imagina

cariñosamente al profesor Thorndike –que ha escrito tan bien sobre los niños isabelinos– leyendo el texto en una habitación frecuentada por niñas con vestido rosado y coletas rubias. El destino de *Caricaturas* ha sido sumamente extraño. Publicado por grotesco error como libro para niños (de 8 a 12 años) en 1958, sigue siendo ilegible para los niños y no es leído por los adultos. El profesor Thorndike lo ha llamado "una obra de indudable genio", y no es hombre propenso a la hipérbole. Por mi parte, he resistido la tentación de leer *Caricaturas*, sabiendo bien que el verdadero libro, aunque sea una obra de genio, no puede satisfacer mis expectativas, así como no podría el verdadero Jeffrey, si alguna vez apareciera. Tal vez un triste día sucumba a la tentación. Entretanto, el genio de Edwin conserva para mí todo su fulgor en las brillantes páginas que siguen. Solo cabe lamentar que su obra haya sido mucho menos popular que su vida.

Walter Logan White
Nueva York, 1972

–¡Caray! Un biógrafo es un demonio.

E. M., en una conversación

Prefacio a la primera edición

Edwin Mullhouse ha muerto. No calificaré el sustantivo de su memoria con los insolentes adjetivos del encomio insuficiente. Edwin Mullhouse ha muerto. Está muerto como un clavo.

He estudiado atentamente esos arteros prefacios adultos. Con gordas y complacientes sonrisas, reconocen los servicios prestados y las amabilidades dispensadas. Largas listas de nombres nos aseguran que el autor tiene excelentes contactos y un corazón afectuoso. Diré sin rodeos que en este caso no debo agradecer a nadie sino a mí mismo. No agradezco al doctor y la señora Mullhouse que se hayan mudado con los restos. No agradezco a la tía Gladys por extraviar once capítulos. Me he encargado personalmente de dactilografiar todo, usando ambos índices, y nadie me alentó nunca para nada. En conclusión, entiendo que solo me debo gratitud a mí mismo, sin cuyo amable estímulo y constante interés jamás habría concluido mi tarea; a mí mismo, por mi valiosa asistencia en diversos detalles; a mí mismo, por hacer todo el trabajo sucio; y sobre todo a mí mismo, a quien jamás se podrá retribuir su paciencia, comprensión y utilidad como testigo clave, y que en un típico estallido de escrupulosidad desea aclarar que los "restos" antes mencionados son, por cierto, restos literarios.

J. C.
Newfield, 1955

Tabla cronológica

	Año	Edad	
LOS AÑOS INAUGURALES (1.º de agosto de 1943 al 1.º de agosto de 1944)	1.º de agosto de 1943	0	
	1.º de agosto de 1944	1	
	1.º de agosto de 1945	2	
	1.º de agosto de 1946	3	
	1.º de agosto de 1947	4	Ciclo preescolar comienza en octubre y dura 14 días
	1.º de agosto de 1948	5	Jardín de infancia comienza en septiembre
	1.º de agosto de 1949	6	
	2 de agosto de 1949	6	Primer grado comienza en septiembre
LOS AÑOS INTERMEDIOS (2 de agosto de 1949 al 1.º de agosto de 1952)	1.º de agosto de 1950	7	Segundo grado
	1.º de agosto de 1951	8	Tercer grado
	1.º de agosto de 1952	9	
LOS AÑOS FINALES (1.º de agosto de 1952 al 1.º de agosto de 1954)	2 de agosto de 1952	9	Cuarto grado
	1.º de agosto de 1953	10	Quinto grado
	1.º de agosto de 1954	11	

Parte I
Los años inaugurales
(1.º de agosto de 1943 al 1.º de agosto de 1944)

1

Edwin Abraham Mullhouse, cuya trágica muerte –el 1.º de agosto de 1954 a la 1:06– privó a nuestro país de su escritor más talentoso, nació a la 1:06 del 1.º de agosto de 1943 en la sombreada ciudad de Newfield, Connecticut. Su padre, el doctor Abraham Mullhouse, después de dictar cátedra de literatura inglesa en el City College de Nueva York, se trasladó al colegio de Newfield en septiembre de 1942, como profesor asistente, tras mudarse en julio de ese año a una modesta casa de dos plantas con su esposa Helen, *née* Rosoff. En marzo de 1947 nació Karen, su segunda hija, y así sucesivamente. Aquí es donde Edwin habría arrojado el libro, o con ánimo más sereno habría apartado los ojos con ofuscación, diciendo: "Lo único que *no* me interesa son los datos. Apunta eso, Jeffrey". Mi nombre es Jeffrey Cartwright.

"Cuando pienso en mi infancia –escribió Edwin (en una carta que él no fechó, pero que yo feché el 26 de abril de 1954)–, pienso en cómics y caricaturas, colores y caramelos, clowns y caleidoscopios". Lo de los clowns es mentira, pues siempre lo aburrieron los payasos y los circos. Y los caleidoscopios nunca le interesaron tanto como los rompecabezas, las cajas de cereal y las máquinas de goma de mascar. Pero el espíritu de su observación, al margen de la prosa aliterada, es ciertamente veraz. Edwin siempre estaba jugando. Toda ocasión era buen pretexto para un nuevo regalo; sus padres parecían celebrar una Navidad perpetua. Edwin superaba sus juegos rápidamente, arrojándose febrilmente en ellos durante días o semanas o meses consecutivos y abandonándolos de pronto para siempre. Pero nunca soportó tirar nada, así que su amada habitación asumió poco a poco

las características de un museo. En cierto sentido, Edwin nunca dejó de jugar; simplemente pasó del *Monopoly* a la narrativa.

Lo veo ahora, sentado como un indio en la cama rayada ante la ventana doble, la punta de la lengua en la comisura de la boca mientras sostiene un papel de calcar sobre su historieta predilecta. A tres metros, donde no hay ventana, la pequeña Karen Mullhouse está sentada en otra cama, con pantalones de corderoy rojo y camiseta amarilla, mirando el cielo raso con un Viewmaster contra los ojos. Entre ellos, sobre una desvencijada mesa plegable verde donde la caja vacía de un rompecabezas descansa junto a un montón de piezas nudosas, estoy yo. Estalla un relámpago cegador. Karen grita y suelta el Viewmaster. Sorprendido, veo al señor Mullhouse en la puerta, pestañeando y sonriendo con su cámara de lentes gemelas con flash. Solo Edwin se queda como antes, tenazmente concentrado en el papel de calcar. Sabe que en cuanto se enfríe la bombilla azul, su padre se la traerá para que pueda hundir las uñas en las blandas rugosidades de vidrio tibio.

Pasemos ahora al verano de 1953. Edwin, usando gafas, se sienta con las piernas cruzadas en la cama rayada ante la ventana doble, inclinado sobre un folleto azul. Enfrente, Karen Mullhouse, vestida con jeans y una camisa de Edwin llena de potros que corcovean, se sienta en el borde de la otra cama junto a una mesa plegable verde y desvencijada y mueve una canica blanca en zigzag sobre una tabla llena de agujeros. Yo estoy sentado como antes, en una vieja silla plegable, deseando que ella supiera jugar al ajedrez en vez de las damas chinas. De nuevo el fogonazo.

–¡Oh, papá! –exclama Karen.

Yo me echo a reír.

–Shhh –chista Edwin.

Detrás de mí, en el estante superior de una de las dos bibliotecas grises que hay en ambos lados de la única ventana, vemos varios juegos de mesa: *Monopoly*, *Clue*, *Camelot*, *Sorry*, *Pollyanna*, *Parcheesi*.

2

Pero siempre había escrito. En tres carpetas negras destinadas a una versión en triplicado de la disertación doctoral de su esposo, la señora Mullhouse conservaba cada escrito de Edwin que pudo conseguir, desde sus primeros experimentos en letra de imprenta ("AMO A MAMÁ") hasta la última y apresurada nota. Coleccionó todo desde el principio, antes de saber que Edwin tenía talento. También conservó sus dibujos, sus bocetos, sus tarjetas de calificaciones, sus escarpines, incluso los viejos libros de música Schaum. Esos ejercicios de primer grado en papel amarillo con rayas azules son sumamente interesantes. Sería absurdo pretender ver al futuro autor de *Caricaturas* en las primeras listas de palabras (epa, upa, lupa, pupa), pero el estudioso de la obra de Edwin no puede dejar de asombrarse ante esta insinuación de los retruécanos futuros. Y es verdad que Edwin siempre sintió fascinación por su propia escritura. Supongo que se sentía especial al ver sus torpes "periódicos familiares" (que contenían sus primeros cuentos) y sus poemas cuidadosamente dactilografiados y encuadernados en un volumen de considerable tamaño a los nueve años. Sin duda la señora Mullhouse buscaba precisamente ese efecto. Estaba criando a un niño maravilla y no quería que él lo olvidara. Mucho antes de empezar a tomar fotos de sí mismo con su propia cámara, Edwin ya se dedicaba a examinar sus primeros manuscritos. En tercer grado ya tenía la clara sensación de haber escrito obras primerizas. Cuando ingresó en cuarto grado, un amigo de la familia trató de interesar a una editorial en los poemas de Rose Dorn. El proyecto no se concretó. Por suerte para Edwin.

3

En el verano de 1953 llevé a Edwin a White Beach. Era un día brillante. La autopista, que se elevaba sobre columnas de hormigón que parecían delgadas y frágiles a la distancia, como si una piedra pudiera partirlas, parecía elevarse de la sombra hacia la luz. En esa azul inmensidad, aun las negras chimeneas fabriles que se elevaban sobre nosotros parecían necesarias para el cielo. La parpadeante luz de advertencia, el techo de la carretera, la súbita salpicadura amarilla de una señal de tránsito, los codos bronceados que sobresalían de las ventanillas, un helicóptero distante, la velocidad y el cromo... Edwin lo asimilaba todo, y yo lo sabía. Pero una vena maligna, lo que su padre una vez llamó la tradicional y fingida reciedumbre del escritor americano, le hizo decir, mientras yo me volvía para mirarlo: "¿Aún no hemos llegado? Se me parte la cabeza de dolor. Mira el camino, Jeffrey".

Cuando pasamos de la carretera al asfalto humeante empecé a sentir una emoción desbordante. Desde que había iniciado su inmortal novela en el otoño de 1952, Edwin se había aislado del mundo, supongo que temiendo distorsionar su ficción con la realidad; su repentina vuelta parecía marcar una época. Pero yo no deseaba arruinar la pureza de mis observaciones con preguntas directas. En el verano de 1953 aún no había revelado a Edwin mi plan de escribir una biografía, así que no podía explicarle la importancia de sus reacciones. Era como una de esas personas que sin saberlo son filmadas por una cámara de televisión oculta: en el momento adecuado yo le revelaría todo, él enarcaría las cejas, abriría la boca, sonreiría nerviosamente ante el público invisible y apartaría los ojos en un paroxismo

de complacida vergüenza. Entretanto yo lo observaba ávidamente y él se ocultaba tras una absurda máscara de payaso.

Al llegar a un conocido cartel viré a la derecha, hacia el distante puente de madera que conectaba la tierra firme con la isla de White Beach. Pronto las viejas casas de dos plantas con escaleras desvencijadas fueron reemplazadas por lotes vacíos y fábricas largas y bajas rodeadas por alambradas. Mientras nuestras ruedas pasaban del asfalto a la madera crujiente, el olor del agua salada se mezclaba con el viejo sonido del agua abofeteando los pilotes. En las angostas sendas de ambos lados del puente, niños grandes y ancianos pequeños pescaban con sus cañas, mientras en un pilote solitario que asomaba en medio del agua, como si alguien hubiera tenido una idea y se hubiera arrepentido, una gaviota blanca y gris parecía posar para una tarjeta postal.

–¡Mira! –exclamé–. La misma que pintaste en el cuarenta y nueve.

–¿De veras? –dijo Edwin, mirando con repentino interés. Un rasgo notable de mi amigo era su desconcertante incapacidad para apreciar el humor de los demás; las bufonadas más obvias lo desconcertaban, y siempre temía que alguien contara una broma porque nunca sabía cuándo reírse. Pero él amaba las bromas más toscas y era un maestro de la agudeza mordaz. Parecía creer que todos eran serios menos él, un supuesto que revelaba una profunda falta de autovaloración y un sutil desprecio por la imaginación del prójimo. Al salir del puente, entramos en un aparcamiento arenoso y cubierto de malezas.

–Solo te tomaba el pelo –dije.

–Oh –dijo Edwin, alicaído. Pero un momento después me tocó el hombro y dijo ávidamente–: ¿Pero cómo sabes que no es la misma, Jeffrey? Podría ser la misma, a fin de cuentas.

Me sorprendí al no ver a lo lejos, por encima de la arboleda, el arco centelleante de una rueda gigante.

Aparqué la bicicleta entre un DeSoto y un Studebaker, y mientras Edwin y yo caminábamos hacia los invisibles juegos, mi mente desbordaba de recuerdos. A la derecha del aparcamiento, después de

un sombreado parque y del otro lado de una carretera negra con una doble línea amarilla en el centro, se extendía la curva playa. Nunca habíamos ido a nadar allí, pues un día en White Beach apenas alcanzaba para los juegos, pero habíamos merendado bajo esos árboles, escuchando el bullicio del invisible parque de diversiones y la menos interesante algarabía de la playa, mera estática de la música del parque. En realidad, el nombre White Beach –"playa blanca"– no evocaba blancura ni arena sino estallidos amarillos y rojos y la zambullida de una montaña rusa, las puertas de la casa de los fantasmas abriéndose de golpe. Edwin y yo continuamos la marcha. Esta es, de paso, la clase de oración imprecisa que hacía que Edwin apretara los dientes o se echara a reír cuando la encontraba en un libro: "pasó el tiempo", "ella dijo", "él mató al indio", "continuaron la marcha". Pero el modesto biógrafo, en su humilde ladera, no puede aspirar a las cumbres narrativas; Edwin y yo continuamos la marcha. El aparcamiento con sus coches relucientes se perdió gradualmente en un bosquecillo, y cuando salimos de la arboleda me detuve confundido.

Estábamos en el linde de un espacio ancho y polvoriento, como un vasto aparcamiento abandonado, donde había varias estructuras de forma extraña. A nuestra izquierda se erguía un edificio bajo y sin ventanas pintado de rojo opaco y unido a una hilera de postes negros por medio de un techo largo y angosto. A nuestra derecha se erguía una estructura blanca de muchos lados que parecía estar compuesta por puertas de garaje con ventanucos altos y un techo bajo y cónico. Había otra media docena de edificios, la mayoría blancos, en la arbolada distancia. Algunas personas caminaban bajo la brillante luz estival, matrimonios tomados del brazo, algún niño, todos levantando nubes de polvo, atisbando por las ventanas, mirando bajo las puertas, señalando. No pude evitar la idea de que eran fantasmas, y por un segundo pensé: me he dormido en una brillante playa blanca a orillas de un mar lejano, y este es mi triste, triste sueño.

–¿Dónde diantre estamos? –exclamé.

Edwin, olfateando alérgicamente y apuntando un dedo lánguido, respondió:

–¿Aquello no es el tiovivo?

Y entonces reconocí la estructura blanca de muchos lados con su techo cónico. Y también reconocí, en el edificio rojo con su hilera de postes, la vasta y brillante galería que siempre atravesábamos al dirigirnos a los juegos más grandes, la cual contenía un puesto de tiro con sus rifles encadenados y sus patos, una cabina con globos y dardos con estantes llenos de radios relucientes y animales de paño (y el estante invisible, debajo del mostrador, que contenía los únicos premios que ganábamos, ceniceros de vidrio, abanicos pintados, tubos de paja donde insertabas el dedo), un puesto donde el azúcar rosada giraba en un recipiente circular y se acumulaba mágicamente en conos de papel para formar copos de nieve, y al final, que mi memoria había imaginado a manzanas de distancia, la casa de los fantasmas con su puerta vaivén y su fantasma pintado. Aun a los ocho años sabía que White Beach era una feria pequeña, pero en el verano de 1953 quedé anonadado –insisto, anonadado– al ver que la larga galería de mi infancia se encogía como un viejo enano. Miré de soslayo a Edwin. Cerraba los ojos con fuerza mientras abría la boca para estornudar. Ocultando mi decepción, eché a andar por el duro terreno hacia el viejo tiovivo; bajo el sol ardiente, las puntas de mis zapatos lustrados crearon minihongos atómicos de polvo. Yo apenas tenía altura para mirar por esas ventanas mugrientas. En la penumbra, en la plataforma redonda e inmóvil, los caballos pintados estaban petrificados, los cascos en alto, la cabeza erguida o ladeada. Me volví hacia la cegadora luz. Edwin, caminando junto a mí, se asomó por una ventana y desvió la mirada. Entornó los ojos, estornudó.

–Vamos –dijo–. Mi pañuelo está empapado. Mi alergia me está matando. Tengo una jaqueca terrible.

En la luz radiante su rostro pálido y su cuello parecían blancos contra su cabello oscuro y su chaqueta oscura, como una fotografía en blanco y negro levemente sobreexpuesta. En una mano sostenía

un pañuelo mojado; detrás de sus chispeantes gafas sus ojos titilaban con una humedad desagradable. No concordaba con la imagen que se tenía del joven escritor americano.

–Sí, sí –dije–, en dos segundos.

Eché a andar hacia la galería. Edwin me siguió. En el extremo donde antes estaba la casa de los fantasmas, dos niños tendidos de bruces miraban bajo la ancha puerta cerrada; un viejo de uniforme gris los ahuyentó.

–Nosotros –murmuré.

–¿Qué? –preguntó Edwin.

–Olvídalo –respondí, recordando que él y yo habíamos soñado con estar dentro de esa cámara negra y llena de gritos y de pronto encender un potente reflector, revelando lo que imaginábamos como un vasto amontonamiento de vías y vagones, con gente boquiabierta mirando paredes llenas de jaulas, nichos, estatuas, esqueletos, palancas, engranajes, tesoros.

Mientras pasábamos frente a la puerta cerrada –¿dónde estaban la puerta vaivén, los rieles, la cabina del operador?–, Edwin me preguntó de qué debía olvidarse.

–Oiga –dijo, volviéndose al viejo de gris–, ¿por aquí no había una montaña rusa?

El viejo miró a Edwin con suspicacia.

–Ahora solo queda un motor, hijo –respondió, volviéndose a mí–. Atrás de los árboles, por aquel lado.

Era lo que Edwin llamaba una caricatura animada viviente. Agradeciéndole en el mejor estilo de las caricaturas ("Gracias, señor"), rodeé la esquina del edificio, seguido por Edwin. En la dura arena crecían matas de hierba y algunos arbustos y árboles; a treinta metros, una franja de hierba alta bordeaba una especie de arroyo, una caleta del estrecho; del otro lado del agua se extendía un pastizal chato con una fila de tanques de petróleo blancos y esféricos y dos altas torres de radio que se elevaban en el deslumbrante cielo azul; y en el brumoso y desteñido horizonte, los tallos de chimeneas distantes sostenían capullos blancos.

–¡Edwin! –exclamé–. ¿No recuerdas?

Pues mi memoria había conservado el pequeño arroyo como un vasto lago hacia el cual la montaña rusa se lanzaba en su declive más escalofriante. Detrás de un matorral se amontonaban los restos de esa enorme pesadilla de rieles y alaridos: un descascarado cobertizo con ventanas rotas que albergaba enormes generadores negros con corrugaciones siniestras. Un pequeño letrero advertía PELIGRO ELECTRICIDAD.

–Pensar que... –dije, volviéndome a Edwin, pero él estaba a varios metros, alejándose con el pañuelo colgado del puño. Reflexionando una vez más sobre la frialdad y altanería del temperamento creativo, resolví dejar solo a mi amigo y continuar con mis investigaciones. Caminé hacia el edificio cuya galería era invisible y cuya irregular trasera de hormigón ahora estaba frente a mí; las altas y derruidas ventanas sostenían fragmentos de vidrio con forma de piezas de rompecabezas. Todas las ventanas estaban a mayor altura que mi cabeza. Aferré un antepecho de cemento, me encaramé y miré. ¿Qué? Un tabique de madera, contra el cual estaba apoyada una bicicleta de manubrios oxidados. Me bajé y probé suerte en otra ventana: solo el tabique de madera, con franjas de luz y sombra. Me bajé. Me ardían las palmas, pues me había raspado. Bajo mis manos vi mi sombra rota, estirándose en el suelo e irguiéndose de repente contra la pared de hormigón. Con una especie de melancolía febril me alejé de las ventanas de la casa de los fantasmas, y en el deslumbramiento de un día perfecto, mientras caminaba al frente en busca de Edwin, me pareció que él y yo no éramos más que un par de esqueletos de la casa de los fantasmas, sorprendidos por la luz. Desde la arcada lo vi enmarcado en un polígono de luz, sentado de espaldas a mí en el borde de una alberca de hormigón. Eché a andar y al salir al sol vi que la alberca tenía medio metro de profundidad y quince de longitud, con la forma del estado de Nevada. Asomaban malezas por el rajado piso de cemento y un arbolillo crecía en un rincón; había paquetes de cigarrillos arrugados, envoltorios de golosinas,

cucharas de madera para helados, tapas, botellas rotas. Edwin estaba sentado con la pierna derecha colgando sobre el borde y el pie izquierdo apoyado en el borde, la rodilla levantada; apoyaba el codo izquierdo en la rodilla, y el puño izquierdo en el costado de la cabeza ladeada. Me acerqué por detrás y estaba por llamarlo cuando de pronto, mientras yo miraba, un agua verde y brillante brotó del piso mugriento y llenó la alberca, largos tabiques de madera formaron un laberinto; lanchas rojas de timón blanco navegaban a lo lejos por avenidas verdes donde temblaban manchas de luz amarilla, mientras que en el muelle, a la sombra de un techo de madera, Edwin y yo mirábamos los enormes botes que chocaban contra los costados en la verdosa negrura de las sombrías aguas. Con una mano apoyada en su pértiga, un hombre en camiseta esperaba que subiéramos. Era demasiado tarde para echarse atrás porque teníamos una fila atrás y los Mullhouse nos miraban con la pequeña Karen desde atrás de la baranda. Al bajar al piso oscilante vimos una trémula pátina de agua, nuestro bote tenía una filtración, nos ahogaríamos en esas sucias y verdes aguas de quince metros de profundidad, pero la pértiga ya nos había empujado, ya estábamos navegando, ya entrábamos en un túnel oscuro, subíamos cada vez más. Apretados en el asiento, aferramos la barra con puños doloridos y trepamos en la negrura hasta ver un destello gris a lo lejos; un giro a la izquierda y el cielo brillante nos cegó mientras aún subíamos, clavando los ojos en nuestros nudillos blancos que parecían estallar, fingiendo que estábamos en otra parte y no a kilómetros de altura, sabiendo que mirar era la muerte pero aun así mirando los insidiosos rieles, los botecitos rojos, el campo en el linde del agua cristalina, y mientras el riel se emparejaba llegó un grito del coche que estaba delante, el cabello de una niña ondeó. Por un instante estuvimos suspendidos en la cima de un alto sueño esperando la caída, luego nuestras camisas ondearon a nuestras espaldas y en el crujiente rechinar apretamos los dientes mientras el suelo se lanzaba a nuestro encuentro hasta que vimos con la claridad de una fotografía tres altas hojas de hierba sobresaliendo

de los rieles del fondo, y mientras llegábamos al suelo con estruendo las puertas se abrieron y entramos en una casa de gritos, traqueteando por una vía loca donde esqueletos luminosos se alzaban en sus jaulas y unos cordeles nos rozaban la cara y salimos por las puertas al cielo, inclinándonos de costado y mirando la sombra de nuestro avión que volaba debajo en un círculo largo y lento, flotando en la hierba, ondeando sobre un banco, pasando como un fantasma negro entre el paseo atestado y brillante y lleno de copos de nieve rosada y amarilla y globos rojos, de pronto erguida contra el costado de una taquilla, de nuevo flotando en la hierba, ondeando sobre un banco, pasando en medio de la multitud mientras un niño se pone a gritar y todos un globo rojo que se eleva perezosamente sobre el techo de la casa de los fantasmas en el radiante aire azul, cada vez más pequeño sobre su cordel blanco hasta que se vuelve una mancha roja y brillante en el cielo, y cuando nos detenemos bruscamente en la cima de una gran rueda oh mira abajo las caras de maniquí, los techos de casa de muñecas, los árboles de juguete, el reluciente espejo del estanque de los botes, la línea azul del arroyo, los campos distantes, los tanques de petróleo blancos, las torres, la hilera de chimeneas florecientes, y mientras bajamos lentamente, un olor a mostaza y chucrut se mezcla con el sabor del helado de pistacho en un cucurucho azucarado, la música del tiovivo cabalga en círculos brillantes mientras balas de bronce salen de rifles amartillados, billetes rojos ondean mientras todos los colores de una tarde estival relucen como una tarjeta postal lustrosa, titila en la memoria como una transparencia proyectada en la oscuridad en una pantalla blanca y chispeante. Y mientras las luces parpadeaban, ahí estaba Edwin, sentado en el borde de una alberca encogida y mugrienta, el cabello desaliñado, la muñeca flaca saliendo de la manga; traspasado por el recuerdo. Maldije el día azul así como ahora, sentado a la luz de la lámpara, encerrado en una tibia habitación, maldigo la noche interminable.

–Edwin –exclamé–, ¿en qué estás pensando?

Sobresaltándose como si no supiera que yo estaba detrás de él, me miró con sus gafas polvorientas y se enjugó la nariz inflamada por sus estornudos alérgicos.

–¿Podemos irnos de una vez? –dijo tercamente–. Se me parte la cabeza de dolor.

Siempre fuiste tan astuto, Edwin.

4

Conocí a Edwin el 9 de agosto de 1943. En ese momento yo tenía exactamente seis meses y tres días, habiendo nacido el 6 de febrero de 1943. No introduzco mi historia personal en estas páginas con el deseo de inmiscuirme sino solo de presentar los detalles relevantes de una ocasión digna de nota. Con ese propósito en mente, añadiré que éramos vecinos de los Mullhouse en la calle Benjamin (nosotros vivíamos en el 293, ellos en el 295), que mi madre había esperado toda esa soleada mañana a que la señora Mullhouse regresara del hospital, y que muchas personas han ponderado mi extraordinaria y realmente inspirada memoria.

Mientras trajinaba por la acera bajo la sombra azulada del techo de mi cochecito, yo movía los pies con deleite en una cálida franja de luz. La sombra de los árboles ondulaba sobre mis piernas iluminadas por el sol, y en un rincón del cochecito una delicada y sedosa telaraña chispeaba como un laberinto enjoyado. Vi sobre el borde del cochecito los travesaños oscuros de un poste telefónico contra el cielo brillante. También recuerdo una nubecilla blanca, muy similar a una ballena de goma con la que jugaba en la bañera. Mamá me hablaba con esos balbuceos que no tenían sentido para mí ni para nadie y yo hacía lo posible para silenciarla con mi sonajero rosado, en uno de cuyos extremos Tweedledum asía el brazo de Tweedledee.[1] A pesar de mis esfuerzos ella logró contagiarme una sensación de emoción intensa, como lo había hecho toda la mañana con sus movimientos

1 Dos personajes de *A través del espejo*, de Lewis Carroll. (N. del T.)

crispados y sus caricias incesantes. Por suerte para la historia literaria, esa brillante mañana de agosto mis sentidos estaban muy alerta a la trascendencia de la ocasión.

Una detención súbita, un giro a la izquierda, dos barquinazos desagradables, y de nuevo rodaba alegremente por una acera, pero ahora la sombra azul del cochecito me cubría hasta los tobillos, la telaraña colgaba fláccidamente, deshilachada por el pulgar de mamá, y sobre el borde del cochecito vi la conocida parte superior de una brillante puerta blanca, y encima de eso un triángulo de chillas blancas con techo rojo, y encima de eso una incesante repetición de chillas blancas y un fragmento de ventana. Otro giro, la transición del ruidoso cemento a la silenciosa hierba, una detención, los brazos... Pero salteemos todo eso y pasemos a la parte buena, como diría Edwin.

Mi corazón de medio año martillaba mientras mamá, repentinamente muda y con respiración agitada, seguía a la señora Mullhouse por la escalera alfombrada. Con angustiada expectativa yo me chupaba el pulgar. Él estaba durmiendo –Edwin siempre estaba durmiendo– y cuando mamá atravesó la puerta de esa penumbrosa habitación que yo luego conocería tan bien, la callada emoción de las mujeres y la súbita penumbra me asustaron, y habría roto a llorar si no hubiera temido sufrir un extraño y oscuro castigo. Edwin, por su parte, dormía en la cuna de madera junto a la ventana doble. Las cortinas verdes, luego reemplazadas por persianas, estaban abiertas, pero la luz era escasa, y mientras mamá se agachaba sobre la cuna pronunciando palabras cariñosas, tuve mi primer atisbo del futuro autor de *Caricaturas*. Estaba bajo una manta azul con un estampado de manzanas rojas y peras amarillas, un libro gordo y rojo con letras doradas yacía a sus pies, que se curvaban bajo la manta como una montaña en miniatura. Años después, cuando Edwin y yo mirábamos la gran biblioteca de caoba de la escalera, me sobresalté de emoción al encontrarme con ese libro. Las letras doradas decían "David Cooperfield". Me gustaría referir que el Edwin de ocho días hojeaba precozmente esas páginas eternas, y tal vez lo hacía, pero la explicación más razonable es que

el señor Mullhouse dictaba un curso sobre los victorianos ese otoño (los victorianos, dijo una vez Edwin, le hacían pensar en esas películas llenas de estocadas y cortinas rojas rasgadas) y en un ataque de distracción lo había dejado en la cuna, y probablemente lo buscaba en la planta baja en el mismo momento en que me presentaban a su hijo. Edwin estaba totalmente quieto. Parecía que hubiera muerto de vejez. Sus brazos regordetes estaban fuera de la manta, plegados sobre el pecho, los codos a los costados y los puños unidos en la garganta. Bajo un mechón de cabello, esa cara pequeña y vieja tenía una expresión meditabunda. Cerrados como cúpulas, los párpados sin pestañas parecían los ojos blancos y ciegos de las estatuas de mármol. Los pequeños puños se movieron, revelando dedos arrugados, la cabeza giró hacia nosotros lenta y soñadoramente, los párpados se abrieron mostrando iris grandes y grises (luego profundamente castaños). Edwin me miró a los ojos. Diez años después, en nuestras conversaciones nocturnas, mientras juntábamos material para su biografía, pregunté a Edwin (medio en broma) si recordaba nuestro primer encuentro y él respondió (medio en broma) que lo recordaba muy bien: "La vaga sensación de que alguien se agachaba junto a mí". Sonrió, y yo miré hacia otro lado, y nunca pude verificar si él recordaba o no, pero consigno este fragmento de conversación nocturna en respaldo de la muy real posibilidad de que yo haya sido el primer recuerdo de Edwin. Fuera como fuese, Edwin abrió los ojos y miró los míos. Quizá fuera la sorpresa de la situación, quizá la extrañeza de despertar en su nuevo hogar, quizá se tratara solo de la primera de sus muchas bromas, pero lo cierto es que empezó a agitar las manitas, arrugó ceñudamente el rostro liso y, con tanta furia como si acabara de nacer, el motivo central de estas páginas rompió a llorar a moco tendido.

5

–Oh –dijo mi madre–, pobre Edward.

–Edwin –corrigió la señora Mullhouse.

–Sí, desde luego... Edwin, no Edward.

–Es un error natural, todos lo cometen. Verás, queríamos darle un nombre especial, sin que fuera ridículo. Así los niños podrán llamarlo Ed, pero él no será solo otro estúpido Edward. Shhh, bebé, shhh.

–Qué regalón –murmuró mamá. A su modo tenía una aguda aunque fortuita percepción de la ambigüedad de las palabras.

6

A pesar de ese primer encuentro y su aura ominosa, pronto fuimos inseparables. Así era Edwin: se resistía violentamente al cambio, pero en cuanto el cambio se convertía en parte del esquema normal de las cosas, se aferraba a él violentamente, resistiéndose al cambio. Entablamos una amistad íntima y muda. A través de la bruma de los años recuerdo esa época como una verde isla de silencio desde la cual me interno para siempre en un mar tempestuoso. En el verde y azul agosto nos miramos a través de las rejas laqueadas de su cuna. En el anaranjado y azul octubre recorrimos la calle Benjamin en nuestros cochecitos; una hoja amarilla bajó del cielo para posarse en la manta de Edwin. En el blanco y azul diciembre le di una bola de nieve, y él trató de comerla. Le gustaba que su padre lo sostuviera cabeza abajo y le soplara en los pies. En mi primer cumpleaños (febrero es un mes gris), le di un trozo de torta; la escupió al aire, y no daré más detalles. Las lluvias de abril traen las flores de mayo.[2] Como jamás habría dicho Edwin, el tiempo pasaba.

El silencio no era literal. Antes de irrumpir estentóreamente en nuestra fiesta, ese intruso que era el habla armó un escándalo preliminar, golpeando la puerta, zamarreando el picaporte y arrojando bolas de nieve contra las ventanas. En los primeros meses teníamos un complejo sistema de jadeos, ronroneos, risas, gorgoteos, olfateos, besuqueos, soplidos, eructos, chasquidos, detonaciones, claqueos,

2 Un proverbio: *April showers bring May flowers.* (N. del T.)

aullidos, bufidos, gorgoritos, pedorreos, chillidos, suspiros, zumbidos, bordoneos, gemidos, hurras, gruñidos, siseos, alaridos, ronquidos y resuellos, por no mencionar una amplia variedad de sonidos no clasificados, como guturbos, farfurros y susullos, así como ocasionales estorplidos, cloroqueos y repinques. El vocabulario preparlante de Edwin era notable y lamento profundamente no haber registrado sus primeros experimentos con el lenguaje. Recuerdo sin embargo algunos de ellos, pues desde el principio lo observé con la tierna solicitud de un hermano mayor y la escrupulosa fascinación de un biógrafo incipiente. Puedo declarar confiadamente que Edwin pronunció las siguientes expresiones antes de haber cumplido tres meses:

aaaaa (llanto)
nnnnn (queja)
kkkkk (risita)
ggggg (otra risita)
chiiicuuu (estornudo)
hp hp hp (hipo)
jaaauuu (bostezo)
tatata (canto)
fsssss (babeo)
iiiiii (gritos, canto)
bbbb b (desconocido)

A los seis meses (yo tenía un año y caminaba) Edwin había logrado combinaciones más complejas:

kakooka
pshhh
dam dam dam
chfff (¿versión primitiva de Jeffrey?)
keeee (acompañado por una sonrisa y palmoteos)

kafffk
diknnnnz
shakspppp
aaaaaeeeee (canto)

Algunas de sus incursiones más osadas en el territorio del sonido fueron luego reprimidas por los requerimientos corteses del ruido civilizado. No me refiero tanto a sus intrincados eructos y exquisitas flatulencias como a sus asombrosos logros salivales. Cómo ansío transmitir al lector adulto esas sobrecogedoras combinaciones de gargajeos, gorgoros y burbujeos, salivosas sonatas realzadas por efervescentes crescendos y jadeantes *fortissimi*, entrecortados *glissandi* y chorreantes *pianissimi*, torrentosos *prestissimos* y caudalosos *arpeggios*, las escupiduras y aspersiones de esputo, las salpicaduras de melodiosos espumarajos. El lenguaje adulto, decía Edwin, es ridículamente excluyente.

El biógrafo indagador contempla con afecto este húmedo cuadro del bebé Edwin, jugando con sonidos con los ojos brillantes de una marsopa feliz, virgen en sus propósitos, zambulléndose jubilosamente en las riquezas del lenguaje como un nuevo Tío Patilludo. Sin duda el posterior y refinado deleite de Edwin en el lenguaje tiene su origen en estos primeros meses, cuando el sonido aún no era un sustituto de las cosas sino una cosa en sí misma, el más alegre de sus juguetes; un juguete que se podía mover, botar, lamer, tragar y retorcer en mil formas deliciosas. Para el pequeño Edwin el lenguaje combinaba las virtudes de los perros de goma, los sonajeros y los pechos. Luego Edwin trató de volver a capturar mediante diversos métodos esta experiencia inicial de lo que llamaré la cosidad del habla. Así, extrayendo de la biblioteca de caoba un gordo volumen que según él estaba escrito en hebreo, abría la primera página y leía lentamente en voz solemne y profunda:

Tiurf eht dna ecneidebosid tsrif snam fo.
Etsat latrom esohw eert neddibrof taht fo.
Eow...[3]

Perdía el control en *neddibrof*, lo recobraba en *taht fo*, y no podía contener la risa en *eow*, que él pronunciaba imitando un cohete en una película de guerra, *eeeeeoowwwww.* Y atormentaba a su madre, preocupada por el desarrollo intelectual de Karen, hablándole a la bebé durante horas en una jerigonza cuidadosamente pronunciada, a la que Karen respondía en su propia jerigonza, como si fuera un código secreto.

Me gustaría terminar estas ruidosas reminiscencias, que comenzaron tan quedamente, con una descripción de Edwin en su apogeo preparlante, a los seis meses. Vestido con camiseta roja y calzones abolsados, está sentado en el centro de su corralito de espaldas al fuego, enfrentando la puerta del frente (una puerta de vidrio con persianas que da a un vestíbulo lleno de botas y paraguas). A su derecha se yergue el piano; a su izquierda, una mesilla oval ante un diván vacío, encima del cual se ve la biblioteca de caoba y los balaustres que ascienden en diagonal hacia el cielo raso. Entre el diván y la escalera, un pasaje angosto y no alfombrado conduce a la puerta abierta de la cocina, invisible detrás de Edwin, donde la señora Mullhouse hace ruidos de choque y frotamiento. Yo estoy sentado entre el corralito y el piano en la alfombra parda de hojas verdes, frente al perfil derecho de Edwin. A través de un rutilante retazo de ventana veo ventisqueros relucientes y nieve arremolinada bajo un cielo azul. Adentro es verano. Una luz radiante entra por las persianas oblicuas de las cuatro ventanas.

---

3 Los tres primeros versos del Libro I de *El paraíso perdido*, de John Milton, leídos al revés: *Of Mans First Disobedience, and the Fruit/Of that Forbidden Tree, whose mortal taste/[Brought Death into the World, and all our] woe* ("De la primera desobediencia del hombre, y del fruto de ese árbol prohibido cuyo sabor mortal [trajo muerte al mundo, y todo nuestro] pesar"). (N. del T.)

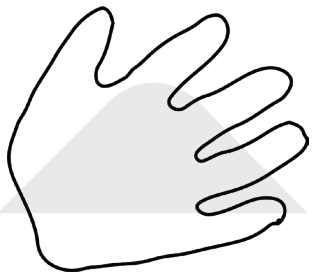
Una luz radiante se derrama desde las persianas, una luz radiante invade la puerta de la cocina, una luz radiante baña la casa y atraviesa el gélido vidrio para entrar en el súbito calor del living donde, perdiendo rigidez, palpita y se expande e inunda la habitación hasta que las frágiles paredes parecen estallar con la presión de la mañana. La luz radiante pule los rincones de la biblioteca de caoba, encera la base de bronce de la lámpara del piano, llena el marco de vidrio de un cuadro, tan rebosante de resplandor que el cuadro es invisible. En la repisa la gran concha de una ostra muestra sus colores irisados. Los verdes y azules reflejos del agua brillante de floreros transparentes manchan el cielo raso, y tiemblan cuando pasa un coche con cadenas chirriantes. Un aroma a tabaco flota en el aire, procedente de una pipa curva apoyada en un cenicero hondo en una mesa a la derecha de la puerta, junto a un sillón pardo con lienzas de encaje blanco en los lustrosos brazos y un cojín hundido cuya depresión parece contener a un invisible señor Mullhouse. A la izquierda de la puerta se yergue un alto baúl tallado cuya tapa se puede abrir para poner brillantes discos negros. Mientras sueño con el día en que tendré altura suficiente para mirar bajo la tapa, pues aun los biógrafos sueñan, un sonido parece salir del baúl mágico. El zumbido o canturreo crece, como si se acercara una manga de langostas. Edwin sonríe, llamándome la atención; el sonido salta de la caja a él, cambiando con su sonrisa de *nnnnn* a *eeeeee*. El *eeeeee* crece y pasa a un risueño *kkkkkk*, gotas de saliva mojan las comisuras de los labios de Edwin, él abre y cierra las manitas. Se está preparando para un festín sonoro. El silencio, como decía Edwin, ¡puaj! Un zumbido comienza de nuevo, acompañado ahora por el chasquido o aleteo producido por sus dedos tirando del labio inferior (un truco que aprendió de mí). El ruido continúa contra un fondo cambiante de *nnnnnn*, *aaaaaa*, *eeeeee* mientras él llega a un nuevo tema melódico, una serie de chasquidos producidos por la inserción de la lengua entre los labios. Los chasquidos derivan en cloqueos estridentes, pronto transformados en escupitajos tonantes; chorros de saliva le mojan la barbilla, le oscurecen la camiseta. Los sonidos se vuelven más húmedos

y descienden a un gorgoteo o gorgorito, se elevan súbitamente a otro *eeeeee* sonriente que cambia de registro: *eeeeeeEEEEEEeeeeeeEEEEEE*, y un largo y reflexivo *pshhhhhhhh*. Abre y cierra las manitas, la camiseta empapada, alza los ojos al cielo raso y al fin prorrumpe en canto:

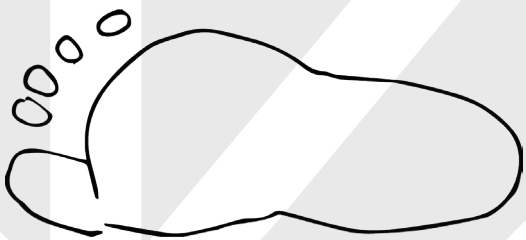
keeeeeeeeeeee aaaaaaaaaa
keeeeeeeeeeee aaaaaaaaaa
keeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee
kooooooooooo aaaaaaaaaa
kooooooooooo aaaaaaaaaa
kooooooooooooooooooooooooooooo

Huelga aclarar al sagaz lector que Edwin acaba de componer su primer poema. (Más tarde cambiaría el relámpago de la improvisación por el calor constante de la labor paciente.) Eleva la voz y redondea los labios para pasar a una embelesada *uuuuuuu* francesa. El rico aullido se eleva a un penetrante y majestuoso *EEEEEEEEEEEE* mientras la señora Mullhouse aparece en la puerta de la cocina. Tiene un repasador blanco en las manos mojadas, las fosas nasales dilatadas, los labios tensos, los ojos llenos de terror. Mirando al otro lado, Edwin sigue cantando: feliz, húmedo, indulgente, exultante, indiferente.

7



MI MANO



MI PIE

Tomado de estampas, 18 de febrero de 1944. Edad, seis meses y medio

Estos instructivos diagramas proceden de un volumen delgado y desleído con cubierta acolchada, titulado *Mi historia: cuando era bebé*, donde Abraham Mullhouse registró un tesoro de afectuosos datos concernientes a los primeros meses de su primogénito y único hijo varón. Edwin sentía gran afecto por este volumen, que estaba dividido en muchas secciones con títulos tales como "Nazco", "Altura y peso", "Primeros pasos", "Viaje", "Feliz cumpleaños", "Algunas cosas que hice y dije", "Días para recordar"; su página favorita era "Mi cabello

de bebé", donde está pegado un rizo suyo de cuando Edwin tenía seis meses. Como biógrafo debo juzgar este volumen con mayor severidad. El amor y la indiscriminada fascinación del señor Mullhouse por los detalles de una vida en desarrollo, aunque indudablemente encomiables en un padre, no son indiferentes para el genuino biógrafo, quien, como artista por derecho propio, se interesa únicamente en los designios secretos del destino. Espero que estos diagramas induzcan al lector a reflexionar sobre la naturaleza y el sentido de la auténtica biografía, pues el propósito de esta historia no es trazar los meros contornos de una vida sino el plan interior, no las marcas externas sino el alma secreta.

En esta época aun Edwin tuvo que pasar por diversos sucesos físicos que son comunes a todos y resultan de escaso interés para este biógrafo.

Con la ayuda de *Mi historia: cuando era bebé*, los consigno fría y mecánicamente:

31 dic. Gateó hacia atrás.
22 en. 1944. Gateó (más bien saltó) hacia adelante.
22 feb. 1944. Se sentó solo.
29 feb. 1944. Gateó (de veras).
2 mar. 1944. Gateó rápida y largamente.
3 mar. 1944. Se puso de pie en el corralito.
11 mar. 1944. Caminó de costado aferrando el borde del corralito.
31 mar. 1944. Avanzó dos pasos, aferrando la mesa.
13 abr. 1944. Se arrodilló sin sostén.
20 abr. 1944. Se puso de pie sin sostén.
26 mayo 1944. Pasó del gateo a la posición erecta sin usar las manos.
4 jun. 1944. Dio un paso.
11 jun. 1944. ¡Caminó! (8 o 10 pasos consecutivos).
1 ag. 1944 (1.er cumpleaños). Subió al diván sin ayuda.

Me gustaría añadir mi breve comentario a la anotación del 30 de abril. Edwin se puso de pie por medio del bolsillo de mi pantalón y luego lo soltó (el bolsillo se rasgó, aunque no irreparablemente). Esa primavera comenzó a ponerse de pie frente a su cochecito con solemne pose de capitán. Le gustaba comer cucuruchos y masticar botones, y por un tiempo morder mesas. Recuerdo que trataba desesperadamente de arrancar las flores amarillas de un vestido rojo de su madre, y que ladeaba la cabeza con una sonrisa esquiva y seductora. Movía los labios extasiado al ver natillas, palmeaba a sus animales favoritos en la cabeza, apretaba la cara contra las piernas de la gente que le agradaba, se chupaba el pulgar con el meñique arqueado aristocráticamente. El 4 de julio, al son de lejanos petardos, subió la escalera del fondo. En su primer cumpleaños bailó un poco (en el diván). Le regalé una adorable caja de ocho lápices de color, que él confundió con golosinas.

Y aquí, al terminar el primer año de Edwin, me gustaría hacer una breve pausa para reflexionar sobre mi especial relación con Edwin, entonces y en los meses y años venideros. Desde nuestro primer encuentro, yo fui el observador y él fue el observado. Claro que yo tenía seis meses más, un largo tiempo en esa primera época, y Edwin me respetaba, aprendía de mí y a veces me emulaba, y si añado que yo era un niño inusitadamente brillante, siempre avanzado para mi edad, el lector no pecará de precipitación si llega a la conclusión de que a mi humilde manera yo ejercí cierta influencia, por mínima que fuera, en el desarrollo del estilo y el alma de Edwin. Pero él era el especial, no yo. Al principio no era que hubiera algo especial en él mismo, sino que sus padres le insuflaban un aura. La señora Mullhouse añadía a su instintivo orgullo maternal, y al orgullo de su raza en los primogénitos varones, la certeza de que cualquier hijo de Abe tenía que ser especial. Edwin, siempre un hijo obediente, no la defraudó. Afortunadamente para la historia de la literatura occidental, ella admiraba los libros y admiraba a los escritores famosos, aunque también admiraba a profesores, pintores, cirujanos, abogados, estrellas de la ópera y

renombrados violinistas y pianistas. Si hubiera detestado la literatura y amado los aviones, no me cabe la menor duda de que Edwin habría sido piloto, sí, y quizá se hubiera estrellado contra un arcoíris, pues siempre fue un hijo obediente. Oh, lo eras, Edwin, lo eras. Te habrás mofado del mundo entero como si fuera un sueño o una caricatura, pero siempre fuiste un hijo obediente. Era como una de esas personas de la India que no cree en el mundo de las apariencias pero adhiere estrictamente a las reglas de su casta. En cuanto al señor Mullhouse (doctor desde 1949), parecía indiferente al futuro de Edwin, por la excelente razón de que sabía que el futuro de Edwin no podía cobrar ninguna forma que él no aprobara. Y desde el primer berrido no registrado, desde el primer aleteo de la cigüeña, Edwin brillaba con el amor y las expectativas de sus padres. Él era uno de los observados, y yo un observador. Nunca he lamentado mi papel, al contrario, pues existe una alegría de observar así como una alegría de ser observado. ¿Y qué hay del dolor de los observados? ¿Alguien cree que era fácil para Edwin? ¿Que no anhelaba la dicha de pasar inadvertido? Así la luz de las candilejas vuela de sombra en sombra, ansiando ocultarse, pero en vano. Edwin me respetaba como un príncipe respeta a un servidor de confianza; nunca se habló siquiera de conflicto de privilegios. En su amarga soledad el príncipe pide a su servidor que tome una sutil decisión, y así ese hombre anónimo interviene en los asuntos de Estado. Luego el príncipe se olvida de la existencia de su servidor durante semanas o meses, hasta que lo necesita de nuevo. Pero el hombre nunca olvida a su príncipe, y en la cámara del sirviente, donde el príncipe nunca entra, quién sabe qué extraños pensamientos nocturnos aletean en su cabeza.